

LOS QUE NO FUIMOS A LA GUERRA, DE W. FERNÁNDEZ  
FLÓREZ: AUSCULTACIÓN MORAL Y SOCIOPOLÍTICA  
DE UNA ESPAÑA PRE-FASCISTA

FIDEL LÓPEZ CRIADO  
Universidade da Coruña

«Puedo asegurar a todos los que tienen dudas que,  
a largo plazo, esa relación dará beneficios  
que no se pueden imaginar ahora.»<sup>1</sup>

«¡Malditas sean las guerras y los canallas que las hacen.»<sup>2</sup>

El *Diccionario de la Real Academia Española* nos ofrece varias acepciones de la voz guerra, que van desde la lucha armada entre naciones a la pugna personal entre individuos. Sin embargo, lo que no entra dentro de la consideración terminológica del *DRAE* es la valoración moral (bondad o maldad) de las causas y consecuencias (psicológicas, sociales, políticas, económicas, religiosas, etc.) de la guerra. Esa labor corresponde más propiamente a los preceptores de la moral (que los laicos llaman ética). Y dentro de este gremio, a la par de visionarios y profetas, encontramos con frecuencia a artistas y literatos, siendo éstos los cronistas más antiguos —aunque no los más fiables— de las guerras. A ellos les debemos la reconstrucción

---

<sup>1</sup> Palabras de Jeb Bush, Gobernador de Florida, USA, a empresarios españoles, valorando la colaboración de España con Estados Unidos en la guerra de Irak. Madrid, 18 de febrero de 2003.

<sup>2</sup> Palabras de Julio Anguita, Coordinador de Izquierda Unida, tras conocer que su hijo, el periodista Julio Anguita Parrado, que cubría la guerra en Irak, moría por disparos (*friendly fire*) del ejército estadounidense. Madrid, 7 de abril de 2003.

—recreación, unas veces, e invención otras— de los espacios más sensibles de la experiencia bélica. Allí donde no llegan los fríos datos, fechas y fichas de los historiadores, encontraremos siempre a bardos y poetas, narradores y dramaturgos, rellenando con ficción los huecos que deja la historia, para ofrecernos una visión —siempre subliminal e interesada— de esa actividad, tan típicamente humana, a la que llamamos guerra. Un caso paradigmático es, sin duda, el de Wenceslao Fernández Flórez (1885-1964), una de las principales figuras literarias de la primera mitad de siglo XX.

Como advierte José Carlos Mainer, Fernández Flórez fue «uno de los pocos escritores españoles que percibió el cambio que el mundo europeo andaba experimentando, después de 1918, y dedicó al tema varias novelas de arranque utópico y conclusión más desesperanzada que optimista» (Mainer, 1980; 13). Una de esas novelas es *Los que no fuimos a la guerra* (*Apuntes para la historia de un pueblo español durante la guerra europea*)<sup>3</sup>. Publicada en 1930, esta novela calibra con singular acierto el impacto social, político, económico e incluso psicológico de la Primera Guerra Mundial sobre el pensamiento y la sensibilidad de una parte importante de la sociedad española. No obstante, más que una respuesta literaria al conflicto bélico, esta novela es una vivisección de la crisis —para W. Fernández Flórez siempre más moral que política— resultante de la inadaptación de las bases morales del capitalismo oligárquico decimonónico a las nuevas exigencias de un capitalismo reformista moderno (Mainer, 1980).

En este sentido, la Primera Guerra Mundial supuso un cambio de profunda trascendencia histórica. Como es lógico, los traumas físicos y psicológicos de la guerra marcarían para siempre las vidas de quienes la sufrieron directamente. Sin embargo, para quienes vivieron el conflicto desde el burladero de la neutralidad —como fue el caso de España— la guerra sería otra cosa muy distinta. Y nuestro cronista —Velarde<sup>4</sup>, portavoz de la sátira wenceslaoniana—, como

<sup>3</sup> Conviene tener en cuenta que, aunque la novela surge de un cuento, «Al calor de la hoguera», escrito doce años antes, en 1918, coincidiendo con el final del conflicto mundial, la novela se publicó en 1930. En este sentido, lo que en ella hay de «re-edición» es testimonio de la importancia que para su autor supuso aquella guerra. Todas las citas provienen de la primera edición (Renacimiento, 1930) y la referencia de página se consigna entre paréntesis, al final del texto citado.

<sup>4</sup> Velarde, como los demás personajes de la obra, es una caricatura —a la vez que una máscara, en su sentido más histriónico— que Fernández Flórez utiliza para elevar a su crítica a la categoría de humor y, de esa manera ofuscar (reducir o desviar) la tensión lesiva diluyéndola en la sonrisa: *smile when you say that, partner*.

aquellos otros españoles a los que la lejanía física del conflicto o el parapeto de su bienestar económico les había resguardado de la crudeza de la guerra, dice sentirse desorientado por la magnitud de unos cambios que no acaba de entender y que no está dispuesto a aceptar:

No regateo mi compasión para los hombres que se arrastraron por el barro de las trincheras o que agonizaron largamente en «tierra de nadie», ni para los que sufrieron en las ciudades el hambre y la angustia y la ruina. Pero entre todas las víctimas de ese furor abominable, estoy yo; entre los cojos y los mancos y los ciegos y los locos y las mujeres violadas y los niños sin padre, codo con codo, junto a los que más hayan podido sufrir, yo, Javier Velarde, alzo también, cara al Destino, mi frente colérica. He perdido en esa estúpida contienda, aún lejos de ella y sin asomo de culpa, algo de mayor importancia que un brazo o una pierna: he perdido, sin morir, mi vida.

Cuando estalló la guerra, mis veintitrés años estaban ya saturados de prejuicios. Mi inteligencia, mi sensibilidad y mi voluntad habían cuajado en los moldes de la educación y de la costumbre. Creía en ciertos principios, vibraba con ciertos tópicos, deseaba determinados fines. Si todo hubiese seguido un curso normal, yo alcanzaría seguramente una posición estimable, cómoda; pero aunque mi fracaso fuese completo, también estaba preparado para comprenderlo y explicármelo, y lograría el descanso de la resignación. Lo que ocurrió..., lo que ocurrió fue una estafa.

[...] De repente, el mundo ha cambiado. Surgen formas de gobierno con las que no contaba y a las que mis profesores no me habían dicho si debía amar o aborrecer; la valía de las monedas se achica y el poder del dinero crece; las mujeres nos ofrecen cigarrillos; aparecen danzas que yo no sé bailar; una música incomprensible, una literatura extraña, una pintura indescifrable, me rechazan como a un hombre del cuaternario; súbitamente también, el aire se puebla de aviones, la tierra se cuaja de automóviles; se exige una actividad para la que no estoy apercebido; no he olvidado las últimas diligencias, con su estrépito de ventanillas mal ajustadas, cuando se me invita a volar; me enseñaron a conmoverme con Bécquer, para decirme ahora que el amor no es más que una de nuestras necesidades fisiológicas; una juventud sin sombreros, uniformada con gabardinas, innúmera, epidémica, insolente, brota de cada poro de la tierra, tan desligada de lo anterior ... (11)

Piensa que la guerra ha hecho borrón y cuenta nueva de la historia, anulando su pasado y convirtiéndole en «un hombre sin época». Pero el hecho de que explique esos cambios (nuevas formas de gobierno —la URSS—, la igualdad de género, el progreso técnico-

científico, nuevas costumbres, etc.) como algo negativo —«Lo que ocurrió..., lo que ocurrió fue una estafa «(9)—, revela su nostalgia del pasado y, a la vez, su menosprecio de la nueva realidad sociopolítica mundial.

Desde esa insatisfacción —coincidente con la sensibilidad de quienes, en torno a 1930, veían en el fascismo un instrumento de salvación nacional, para restaurar el antiguo orden social, político, económico y moral—, Velarde nos introduce en una pequeña ciudad de provincias, Iberina, remedo imaginario de la España (las dos Españas) de primer tercio de siglo XX, señalando la rivalidad como motor inmóvil de todo lo que allí ocurre. Para él, esa rivalidad es algo 'natural' en el ser humano —«Donde hay dos hombres existe una rivalidad; y en Iberina moraban veinte mil personas que nunca estuvieron acordes. Diez mil vecinos pensaban siempre lo contrario que los otros diez mil» (19)— de lo que se desprende que la guerra, como última instancia de esa rivalidad, resulta inevitable. Detrás de esta caracterización humorística —que es la árnica que el autor aplica a la herida de una denuncia seudo-pacifista<sup>5</sup>—, encontramos el eco de una moral conservadora que explica la naturaleza humana en idénticos términos: es decir, afirmando ese cainismo primigenio que, desde la apología del orden establecido (por Dios en Edén o sus vicarios en la Tierra), explica el deseo de igualdad como envidia (del pobre al rico, de la mujer al hombre, del paria al poderoso, etc.), por lo que todo cambio (entendido como desorden) es malo e indeseable y, de igual manera, inútil: «la pérdida de tantos millones de vidas no mejoró la civilización, ni afirmó la libertad, ni enriqueció a ningún estado, ni sirvió para nada....» (26)<sup>6</sup>.

Sentadas así las bases conceptuales de la guerra, el relato se convierte en una galería de tiro a tipos, tópicos y circunstancias, repre-

<sup>5</sup> Fernández Flórez no escatima adjetivos para denostar la Primera Guerra Mundial: *horror, monstruo, epopeya idiótica, hoguera espantosa, estúpida contienda, Holocausto Inútil, gigantesco crimen*, etc. Pero debemos tener en cuenta que la razón del relato es, según reza el subtítulo, servir de «apuntes para la historia de un pueblo español durante la guerra europea», lo que deja muy claro que no es la guerra, en términos abstractos y universales, lo que se critica, sino los cambios (indeseados) que ésta ha provocado en España.

<sup>6</sup> A partir de este *a priori*, la Primera Guerra Mundial pudo sentirse —y mucha gente de bien así lo hizo— más como un exabrupto histórico, como una molesta alteración del orden y una amenaza al *statu quo* de la paz. De ahí que algunos —es el caso de Fernández Flórez— pudieran condenar la conflagración mundial del 14 con el mismo entusiasmo con el que luego aplaudieron la Guerra Civil del 36, sin que el fiel de su balanza moral se hubiese movido lo más mínimo.

sentativos de aquella España pre-fascista (1918-1936) en la que nuestro autor no encuentra fácil acomodo. Y como corresponde a su condición de periodista y escritor, el primer blanco de su sátira es el uso de la palabra, transformada en instrumento de propaganda política:

[Los] estados beligerantes habían creado unos servicios de propaganda análogos a los de las industrias que quieren divulgar y acreditar un producto... [...] Y hay que decir de una vez, con claridad heroica, que en la guerra vencieron los que mejor manejaron el reclamo. [...]

«El anuncio es el secreto del éxito». [...] «Hacemos la guerra a la guerra.» Hoy nos reímos al recordar aquella impúdica mentira, aquel sabroso ofrecimiento irreal, porque la guerra nunca morirá por la guerra; pero entonces todos repetíamos seriamente esa estupidez, y muchas vidas ardieron gozosamente, convencidas de la utilidad de su sacrificio (26-28).

Y más adelante añadiría que, «más útiles que las manos que arrojaban bombas podían ser las que moviesen una pluma culta y prestigiada, encendida en entusiasmo, como una antorcha capaz de prender su llama en todos los corazones» (138).

Desde la exageración humorística —no exenta de cierta verdad histórica: las guerras se ganan en los periódicos—, Velarde ridiculiza a todos los que se pronunciaron a favor de uno u otro bando en la guerra. Y cuando parece que al fin va a ofrecernos esa excepción —que, en cualquier caso, probaría la regla de que todas las guerras son inútiles y que la política es fruto de la estupidez humana—, vuelve rápidamente sobre sus pasos y desata de nuevo la sátira burlesca: «Don Amado Casal estaba en otra circunstancia. [...] Y de don Amado Casal diré siempre que obraba en virtud de un impulso irresistible que le obligaba a colocarse al lado de la libertad y de las reivindicaciones humanas por atavismo ideológico, por abolengo, por herencia espiritual» (29). Es decir, cuando no es producto de la estupidez, toda idea política es producto de la inercia, herencia o costumbre —una reflexión que desautoriza por completo la legitimidad de un pensamiento político autónomo. Este desprecio por la política de partidos era característico del conservadurismo pre-fascista español (Mainer, 1971; Peloille, 2006).

Y no menos representativos de aquella época fueron también la especulación y el estraperlo, actividades que Fernández Flórez utiliza en la novela como lanzadera de una denuncia más amplia: la crisis económica de los años treinta. La clase empresarial española, con

una mentalidad patronal más próxima a la Edad Media que al siglo XX, no había sabido aprovechar el *boom* comercial durante la guerra para modernizar sus estructuras productivas. Y para ilustrar este fracaso, Velarde nos relata el caso de Juan Lobo —«uno de los ricos más ricos de España» (35)—, con el que ilustra el atraso de la agricultura y la falta de visión comercial de los grandes hacendados:

Adivinaba una catástrofe económica y esperaba el momento en que fuese necesario vivir como un empleadillo cualquiera. [...] Pero lo cierto es que, antes de que se diese cuenta de la razón, encontróse con que sus ovejas tenían vellones de oro; la madera de sus pinares casi valía tanto como la caoba, y en la tierra donde nacían el trigo, las lentejas y las coles bastaba ahora inclinarse a la hora gratísima de la cosecha para llenarse el regazo de billetes. Sin que le naciese una arruga ni vertiese una sola gota de sudor, el dinero corría hacia él.... (36)

Para que se entienda toda la extensión de la crítica, Velarde advierte: «Verdad es que así pensaron todos los rentistas, todos los comerciantes y todos los industrialistas españoles, sin ninguna excepción, en los primeros días de la guerra» (36). Pero, antes de que el lector pueda ver en esta afirmación una coincidencia con las críticas que los sindicatos y partidos de izquierdas hacían entonces en sus discursos, el autor corrige el rumbo: «Ruego a ustedes que no olviden en ningún momento que están leyendo una novela de la guerra, impregnada de la incoherencia, el desorden y la sucesión atropellada de vidas y hechos que la guerra impone» (37).

Junto al timorato Juan Lobo, el estafador Enrique Melgar, el estra-perlista Avelino Riera y el esperpéntico señor Moltó son los ejemplos más logrados del fracaso económico español y la oportunidad perdida. Mientras otros países respondían a los retos del capitalismo industrial del siglo XX con iniciativa, competitividad e inventiva comercial, los españoles aportaban lo más granado de su tradición: la picaresca. Melgar, dueño de la mina *Cisconia*, se enriquece vendiendo un carbón incombustible —«Las características de este mineral eran la humedad, un peso análogo al del granito y una tenaz resistencia al fuego» (40)— a un ferrocarril que se sostiene a duras penas gracias a las subvenciones del Estado. Y Riera, un antiguo pescador que «había hecho encallar su barquito en tierra firme, aprovechando unas mareas extraordinarias, y lo había convertido en morada de su familia, resuelto a consagrarse para siempre a la agricultura» (46), descubre por accidente el lucrativo negocio del contrabando, cuando la marea arrastra su barquito y lo

lleva a la deriva hasta las costas de Francia: «Y ya allí, casi antes de tener tiempo de bendecir al Señor, le compraron por una cantidad exorbitante el trigo, las lentejas, las gallinas y las boinas de sus tres hijos» (46). El mérito social de esta lucrativa actividad viene avalado, según Velarde, por el hecho de que «las dos hijas de Avelino Riera se han casado, hace tiempo, con dos Grandes de España, elegidos entre veinticuatro» (47). A su vez, el caso del señor Moltó, «que por aquel entonces vendió por kilómetros y al precio que se le antojó pedir, una tela singularísima con la que muchos caballeros españoles hicieron vestidos que el primer día eran grises, el segundo verdes, a la semana siguiente tornasolados, y en cuanto les alcanzaba la lluvia olían a sopa de legumbres» (48), sirve para ilustrar el atraso secular de la industria española.

Wenceslao Fernández Flórez no deja títere con cabeza en el reparto de sus mordaces sátiras, y el lector inexperto pudiera encontrar en el fondo de las mismas, bajo la espuma de superficie del humor, una acerada crítica socioeconómica. Sin embargo, resultaría un craso error encuadrar estos planteamientos dentro del pensamiento progresista de los años treinta<sup>7</sup>. Y es el propio autor el que desmonta esa pretensión al juzgar como pecado lo que es un delito, confundiendo la necesidad con la avaricia y el espíritu emprendedor del hombre de negocios con el afán de rapiña de unos estafadores y contrabandistas: «Lo cierto era que la codicia había roto el freno en todos los corazones, y un desapoderado afán de riqueza, alentado por ejemplos relevantes y numerosos, espoleaba al ladrón agazapado dentro de cada hombre» (53). De esta manera, Fernández Flórez redime a la burguesía industrial o comercial y a la oligarquía terrateniente o financiera de cualquier responsabilidad —salvo la moral, claro está— en el desastre económico que lastraría el desarrollo del país a partir de 1918, condenándolo a ser el furgón de cola del progreso socioeconómico europeo.

---

<sup>7</sup> Como advierte José Carlos Mainer: «Fernández Flórez fue un escritor y ciudadano compactamente conservador en una sociedad literaria que asociaba el mérito con la disidencia, máxime si ésta es de índole generalizadora y afirmaciones vagas. Su trayectoria al respecto es contundente: desde 1915, y aun antes, tributó a Antonio Maura una fidelidad ejemplar; aceptó en 1923 la dictadura de Primo de Rivera, contribuyó decisivamente al desprestigio del primer bienio republicano entre las clases medias, aplaudió el alzamiento militar de 1936 y las consecuencias que, por lo que a él respecta, concluyeron en unas honras fúnebres oficiales el mismo año de 1964 en que el franquismo celebró sus bodas de plata con la paz, el 'desarrollismo' económico y el silencio cívico de sus discrepantes» (*op. cit.*).

No cabe duda de que Fernández Flórez acusa con singular acierto la ausencia de un espíritu empresarial moderno —caracterizado por ese tipo de hombre de negocios decidido y emprendedor al que los franceses llaman *entrepreneur* y los estadounidenses califican de *enterprising*— capaz de levantar la economía del país. Sin embargo, nuestro autor no entra en la discusión de las causas sistémicas del fracaso económico —lo que podría entenderse como un análisis marxista de la historia— sino que se limita a retratar algunos de sus síntomas más visibles. De ahí que, donde hay un serio problema estructural económico o sociopolítico, nuestro autor sólo vea un déficit temperamental, algo que, según Velarde, define el carácter nacional:

Pero en España..., ya se sabe: mediocridad, tradicionalismo... y la terrible timidez del dinero...; no se concibe el crédito personal...; se fía una cantidad sobre un reloj, sobre unas sábanas viejas, sobre una capa en cuyo embozo viven millones de bacilos; pero nadie prestaría una peseta a un hombre que no tuviese otra cosa que una idea genial (102).

En consecuencia, ese «sórdido negocio de judíos» (102) que es la Banca —«Bancos que nacieron por centenares en España durante la guerra europea, ávidos de recoger y manejar los millones que entraban en la Península, y que desaparecieron luego sin dejar rastro de los millones ni de sí» (109)—, no fracasa por la ineficacia de sus planteamientos financieros (el primitivismo de una banca mucho más próxima a la usura que a un concepto comercial moderno), sino por una tara moral: la falta de banqueros honrados.

De igual manera, para Fernández Flórez, el grave problema laboral que vive España en los años treinta no tiene una explicación en la galopante injusticia social, ni en la creciente conciencia de clase de los trabajadores, sino que es un daño colateral de la guerra:

La guerra salpicaba de violencia al mundo entero. Todo se creaba para la guerra. En las comarcas fabriles de España las pugnas de intereses entre el obrero y el patrón revestían una saña especial y menudeaban hasta el punto de que el espacio reservado en los periódicos a noticias de huelgas, sabotaje, *lockouts* y atentados era mayor que el concedido a reseña de toros y a informaciones políticas (157).

Es decir, se trata más de una disputa entre individuos («pugnas de intereses entre el obrero y el patrón») que una lucha entre colectivos (la clase obrera y la patronal). Y en todo caso, es un problema que viene de fuera, generado por los países beligerantes.



Lo mismo ocurre con el arte: «la guerra señalaba el comienzo de una nueva era para el pensamiento humano y, muy especialmente, para el arte» (166). Pero en España sólo se practicaría, como es el caso de Medina, un escritor sin ningún talento, «en la confianza..., entre colegas..., requerido por el otro [su mentor francés], nunca por propia iniciativa» (167). De ahí el absurdo de la imitación: «—Mi teoría estética se llamará el *avionismo*— anunció gravemente Medina» (239), que consistía en «Incorporar los aeroplanos a la poesía» (239). Y de fuera llega también un nuevo rol social para la mujer, que invade espacios tradicionalmente reservados al hombre:

—Todos los dependientes serán señoritas —explicó la de Quesada—; hasta habrá una cajera.

—¿Señoritas? —indagó cándidamente admirada al de Casal.

—Sí, es la moda del extranjero; como todos los hombres están en las trincheras, las mujeres les substituyen.

—Pero... ¿señoritas?

—Bueno: jovencitas, muchachas —aclaró doña Laura—. Naturalmente que una señorita de principios no iba a descender... (199)

En este planteamiento, de indiscutible corte feminista, desaparece el humor y asoma una denuncia sin paliativos cuando se refiere a Aurora, novia de Velarde: «Hasta entonces, ella había sido en su casa menos que un animalito, casi un objeto. ¿Qué finalidad era la de aquella vida imbécil, llena de monotonía?» (200). Ante la recriminación de Velarde, de que el trabajo «es para hombres, son ocupaciones de hombre...» (208), Aurora le responde:

—Cualquier cosa es mejor que esta vida de ahora; sin presente y sin porvenir, como no sea el de llenarse de hijos y suspirar entre cuatro paredes, como en un ataúd anticipado. Vosotros trabajáis y traéis el pan, a veces muy escaso; pero tenéis el alivio de vuestra misma labor y el espectáculo del mundo; nosotras quedamos encerradas con lo más pequeñito, lo más vulgar y lo más miserable: la telaraña del rincón, los calcetines rotos, el niño enfermo... Estoy harta ya... [...] pero es un destino que habéis fabricado vosotros, los hombres. Nos apartáis cuidadosamente de un trabajo que tiene sin duda sus fatigas, pero que es más alegre que el nuestro. Cuando habláis de la oficina o el taller parece que habláis a la vez de un templo y de un calabozo y, por estar en él unas horas, exigís nuestra piedad. Nunca serviríamos para una labor análoga —decís—; la mujer no es más que una madre. Y cuando os lanzáis en esa estupidez de la guerra y faltan brazos y cerebros en el país, se ve que noso-

tras, improvisadamente, podemos hacer lo miso: guiar un tranvía, llevar una Caja, defender a un procesado, despachar expedientes en un ministerio.... Ya no volveremos a pensar nunca con sentimiento de respetuosa inferioridad en vuestro taller y en vuestra oficina: hemos entrado en los lugares prohibidos y sabemos que también nos es asequible vuestra obra (209-210).

Ante tan clara reivindicación de los derechos de la mujer, Fernández Flórez sólo puede asentir, poniendo en boca de Velarde, un *mea culpa* generacional: «Por aquel entonces —y fue ayer— los hombres aun no comprendíamos...» (212). Y apostilla: «La larga niñez de Eva terminó en 1914, y la sangre que encharcó a Europa fue como la aparición de su pubertad» (262).

Uno tras otro, Fernández Flórez ha hilvanado en la trama de esta novela los grandes cambios sociales propiciados por la Primera Guerra Mundial. Y con la notable excepción del feminismo, nuestro autor ha puesto en solfa humorística una problemática social que, en menos de dos décadas, desembocaría en una cruenta guerra civil. En este sentido, si bien hemos destacado el mérito —no sólo literario— que corresponde a la sagacidad de nuestro autor a la hora de identificar con meridiana claridad los cambios que el mundo europeo andaba experimentando, después de 1918, también hemos insistido en como esa visión es producto de una sensibilidad sociopolítica, característica de una parte de la sociedad española prefascista, incapaz de ver en los problemas sociales, económicos o políticos, que aquejaban al país entonces, algo más que un problema moral. Pero dicho esto, cabe preguntar si no será ciertamente excesivo, incluso injusto, exigir a nuestro autor otra conciencia sociopolítica distinta a la de millones de sus paisanos.

No cabe duda de que el talento narrativo de Fernández Flórez, su finísima ironía y mordaz humorismo, su capacidad para dar vida a personas y circunstancias históricas, avalan su valor literario, que es también el de toda una época. Y en nuestro foro interno, porque es difícil no dejarse llevar por el encanto de la prosa wenceslaoniana y por ese mismo humor con el que tan hábilmente esquiva la cuestión social, estamos tentados a perdonarle todo lo que se calló, porque entendemos que, desde su sensibilidad y formación personal o profesional, no podía decir más que lo que dijo. Por ello, nos gustaría pensar que, si su crítica de aquella España prefascista sólo alcanzó el plano moral, quizá se deba a que su labor de escritor, al menos como él la entendió entonces, fue la de hacer sentir (más que hacer

pensar) al lector el sufrimiento de sus gentes. Desde luego, la condena de esa monstruosidad que son las guerras siempre resulta más fácil cuando el dolor se siente en carne propia, o por empatía ante el sufrimiento de otro ser humano como nosotros:

Si todo aquel inmenso dolor fuese vigilado y percibido, el mundo hubiese impedido la continuación de tantos horrores. Pero entonces nadie atendía al hombre, ni se hablaba de él, sino de ejércitos... [...] Y Goethe ya ha dicho que «no hay Humanidad: no hay más que hombres». La Humanidad no sufre; el hombre sí. No existe un solo dolor colectivo. De las desgracias de la Humanidad puede tratarse con pedantería, y frente a ellas el individuo se siente tan sólo historiador. El Diluvio no tiene para mí más interés que el de un cuento moral, un poco aburrido, y el Éxodo de los Judíos por la aridez africana no me hace palidecer. Pero el niño que bracea en el estanque, a punto de ahogarse; el vagabundo famélico que me tiende su mano y me mira con ojos de súplica y de miedo, de animal castigado, angustian mi corazón con un dolor reflejo del suyo, y ante el espectáculo de su infortunio, siento las lágrimas y los impulsos generosos de la fraternidad. Lo que ocurrió fue porque nadie quiso o nadie supo pensar en el hombre (172-173).

Y todo esto es, sin duda, cierto. Pero no podemos olvidar que, como el propio autor nos ha recordado a lo largo de nuestra lectura, ésta no es una novela «de guerra», y mucho menos «de la guerra de 1914». Por el contrario, es una novela de la paz —o de la posguerra, si se prefiere—, «fiel relato de la vida en un pueblo neutral durante los años de la guerra» (14). Y para contarnos como fue la vida de ese pueblo —«cómo fue la guerra allí donde no hubo guerra» (13)—, sí era necesario entrar en consideraciones grupales —de colectivos y amplias circunstancias— en las que el terror cotidiano (del hambre, la injusticia o la falta de libertad) tiene unas causas y unas consecuencias socioeconómicas y políticas que la moral, sea del color que sea, no puede explicar, sin riesgo de confundir gravemente la fraternidad con el estado de derecho y la caridad con la justicia social.

#### OBRAS CITADAS

- Brenan, G. (1985). *El laberinto español*. Barcelona: Plaza y Janés.  
Cuartero Larrea, M. (2004). *Comentarios de estrategia y política militar*. Madrid: Ministerio de Defensa.  
Carr, Raymond (1979). *España: 1808-1936*. Barcelona: Ariel.

- Dumas, Samuel y K.O. Vedel-Petersen (1923). *Losses of Life Caused by War*. New York: Oxford UP.
- Dupuy, T.N. (1990). *La comprensión de la guerra: historia y teoría del combate*. Madrid: Ediciones Ejército.
- Ellis, John y Michael Cox (1993). *The World War I Data Book: The Essential Facts And Figures For All The Combatants*. Londres: Aurum Press.
- Espadas Burgos, M., et al. (1985). *La España de Alfonso XIII. Cuadernos de Historia 16*, n° 98. Madrid: Información y Revistas.
- Fussel, Paul (1992). *La Gran Guerra y la Memoria Moderna*. Oxford: Oxford UP.
- García Delgado, J.L. (1986). *La crisis de la Restauración. España entre la I Guerra Mundial y la II República*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Greene, R. (2007). *Las 33 estrategias de la guerra*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Haythornthwaite, Philip J. (1992). *The World War One Sourcebook*. Londres: Arms and Armour.
- Hernández, Jesús (2007). *Todo lo que debe saber sobre la primera guerra mundial*. Madrid: Nowtilus.
- Knox, B. (2001). *The Dynamics of Military Revolution, 1300-2050*. New York: Cambridge UP.
- Lago, Juan (1993). *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Akal.
- López Criado, Fidel (2002). «Wenceslao Fernández Flórez». *Novelistas españoles del siglo XX. Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, 318 (II). Madrid: Fundación Juan March, pp. 3-10.
- . (2001). «Introducción», en *La cuentística de Wenceslao Fernández Flórez*. A Coruña: Diputación de A Coruña, pp. 15-75.
- . (2002) «Recepción crítica de Wenceslao Fernández Flórez: entre el canon y la historia de la literatura», en *Wenceslao Fernández Flórez y su tiempo*. La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, pp. 19-31.
- Mainer, José Carlos (1971). *Falange y literatura*. Madrid: Labor.
- . (1975). *Análisis de una insatisfacción: las novelas de W. Fernández Flórez*. Madrid: Clásicos Castalia.
- . ed. (1980). *Volvoreta*. Madrid: Cátedra.
- Mommsen, Wolfgang (1971). *La época del Imperialismo: Europa 1885-1918*. México: Siglo XXI Editores.
- Mitchell, T.J. (1997). *Casualties and Medical Statistics of the Great War*. London: Battery Press.
- Payne, T. (1965). *Historia del fascismo español*. Paris: Ruedo Ibérico.
- Peloille, Manuelle (2006). *Fascismo en ciernes. España 1922-1930*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- Pérez Ledesma, M. (1987). *El obrero consciente*. Madrid: Alianza.
- Tucker, Spencer C. (1999). *The European Powers in the First World War: An Encyclopedia*. New York: Garland Publishing.
- Tussel, J. y J. Avilés (1986). *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- VV. AA. (1992). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Real Academia Española.
- VV.AA. (2003). *La guerra en la literatura para niños y jóvenes*. Salamanca: Centro de Documentación e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil.